

La Adelita

José Talleyrand Rodríguez

Copyright © 2015

¿Por dónde debo comenzar esta historia? Quizás lo mejor sea remontarme a la tarde en que Alex Sigüenza se presentó a trabajar por primera vez en el periódico. Alex acababa de terminar el tercer año de periodismo en la Universidad y venía a hacer una pasantía en El Heraldito. El muchacho llegó muy bien recomendado por dos de sus profesores. Uno de ellos había laborado con nosotros años atrás, y al Editor del periódico, Oscar Bocanegra, se le ocurrió la idea de que Alex debía trabajar conmigo en la sección de crónica roja. Desde el comienzo nos llevamos muy bien. Alex era una mente joven que había sido educada en lo que hoy día se conoce como periodismo social. Adoraba la idea del periodista comprometido con la realidad de su entorno, el periodista que trataba de develar la conexión entre la injusticia social y los oscuros deseos que mueven al ser humano. Después de todo lo que yo había visto en mi vida como reportero, tras veinte años de trabajo, tenía mis dudas sobre la eficacia del periodismo social. Aun así, le pregunté a Alex por sus intereses concretos, que tema prefería trabajar durante su pasantía en el periódico. Me dijo que estaba interesado en la figura de la *femme fatale*, la mujer devoradora o manipuladora de hombres, y sus distintas manifestaciones en los medios de comunicación. Su respuesta me sorprendió e intrigó. Yo me esperaba un interés en reportar la conexión entre el acontecer social y las fuerzas que mueven la política o la economía. Lo típico en la gente de mi generación. Pero los tiempos cambian. El personaje de la mujer seductora capaz de hipnotizar al hombre hasta llevarlo a cometer todo tipo de crímenes es bastante común en el cine y la literatura. De hecho, como reportero de crónica roja, yo había investigado dos o tres casos con mujeres que tenían varias de las características de la *femme fatale*. Alex me citó una serie de estudios académicos. Según él, en muchos reportajes la mujer fatal era mayormente una construcción literaria, un gancho creado para atraer a los lectores de la prensa, la perpetuación de un mito útil en el proceso de cubrir desigualdades sociales y deseos ocultos. ‘Mucho ideal pero poca experiencia’ pensé al oírlo. Le dije que se anduviera con cuidado. De todo hay en este mundo.

Tres semanas después de mi primera conversación con Alex, me encontraba trabajando en el patio de un café cuando vi a la que es la gran protagonista de este relato. La mujer que se hizo famosa bajo el alias de La Adelita. Bocanegra me había encargado un artículo, un exposé, sobre el deterioro del sistema penitenciario en el país. El Editor del Heraldito libraba una de sus frecuentes batallas con el gobierno y yo era el encargado de atacar al dragón de mil cabezas. Tras

un proceso de investigación de varias semanas, el artículo denunciando el deterioro del sistema penitenciario estaba casi listo. Decidí que lo mejor era hacer una última revisión del texto en un café cercano al periódico. El café tenía un patio que daba a la calle donde existían varias mesas con toldos para tapar los rayos del sol. Tres grandes ventiladores, distribuidos a lo largo del patio, creaban una brisa artificial sumamente agradable en los días calurosos. Tomé una mesa, me senté en una silla, y le pedí al camarero un Latte Deluxe. Antes de sumergirme en la revisión de mi artículo explore el mundo que me rodeaba. A mi izquierda, tres mesas más allá, estaba sentada una mujer. Relajadamente leía una revista de modas y tomaba un café. No era la mujer más hermosa que había visto en mi vida pero existía algo en las facciones de su cara que la convertían en una belleza excepcional. Su tez trigueña había sido cuidadosamente tostada bajo los rayos del sol o luz artificial. Llevaba el cabello, de color negro, recogido en un moño muy elaborado. Vestía un traje elegante de dos piezas en crema oscuro. Le calculé entre 30 y 40 años de edad. A mi derecha estaban sentados una pareja de ancianos. Gente de la tercera edad. Mientras tomaban sus cafés veían la fotografía de un niño y bromeaban. ¿Su nieto? Por último, en el borde del patio había dos hombres parados. Ya maduros. Ambos tenían buena talla y eran robustos. Al mismo tiempo que conversaban se dedicaban a lanzar piropos a las transeúntes que eran de su agrado. Lo que en el argot de la calle se conoce como “dar lengua.” Intenté concentrarme en el texto de mi artículo: Un sistema penitenciario lleno de violencia donde solo seres marginales son castigados ... ‘Huuy mi nena, mátame sino te sirvo, pero pruébame primero.’ Ni modo. Levante mis ojos y los enfoque hacia donde estaban los dos galanes de calle. El piropo había sido dirigido a una muchacha alta y flaca, bastante bonita, que circulaba por la calle en compañía de su novio. A ninguno de ellos le gustó el cumplido. El novio se enfrascó en una fuerte discusión con los dos galanes de calle. Con una sonrisa uno de los galanes extrajo un Colt 38 Special de la parte trasera de su cintura y le dijo al muchacho: ‘Piérdete o te quemo.’ Asustada la muchacha convenció a su novio de que no había sido nada. Ambos continuaron caminando por la calle. Todos en el café vimos el incidente. Aquello no era guasa. Eventualmente los galanes de calle notaron la presencia de la mujer sentada a mi izquierda, tres mesas más allá de la mía. ‘Tú tan santa y yo tan diablo, háblame, pálpame mamita.’ Ella se hizo la desentendida. Continuó leyendo la revista que tenía en sus manos ... Inesperadamente se levantó y lentamente caminó hasta la acera de la calle. Su cuerpo era soberbio. Una vez sobre la

acera miró hacia los dos lados de la calle. Dio la impresión de esperar o buscar a alguien. ¿El auto de un amigo? ¿Un taxi? Los dos galanes de calle se apresuraron a ofrecer sus servicios, tenían auto. Me sorprendió enormemente el hecho de que ella aceptara su ofrecimiento. Hay cosas que son impredecibles en la vida. ‘Esa es mucha hembra para un solo hombre’ le comentó el anciano que tenía a mi derecha a su compañera y se echó a reír. Tras verlos desaparecer a los tres al final de la calle me concentre en terminar mi artículo. Bocanegra lo estaba esperando.

Pasó más de un mes. Una tarde me encontraba discutiendo con la gente de la sección de deportes las virtudes goleadoras de Leo Messi, Cristiano Ronaldo y el “Chivo” Guarandini cuando un office-boy me notificó que Bocanegra me necesitaba urgentemente en su oficina. Las visitas a la oficina de mi Editor siempre han sido una aventura. El hombre tiene tres paredes de su oficina cubiertas con premios que el periódico ha ganado por varios artículos. En la cuarta pared cuelga un afiche de la película Citizen Kane. Cuando uno va a hablar con Bocanegra nunca sabe a quién va a encontrar: Un periodista serio y responsable o una criatura materialista y manipuladora al estilo de Charles Foster Kane. Lo encontré examinando un fax enviado por uno de sus contactos dentro del Departamento de Policía. Me contó de qué iba la cosa. La mañana de ese día había ocurrido un tiroteo en la casona del industrial Néstor Arreaza-Bosch. El resultado: Tres muertos, un herido, una antigua mascara azteca extraviada y 650 000 dólares americanos desaparecidos. Arreaza-Bosch murió en el intercambio de disparos. La policía trabajaba en la hipótesis de que el industrial había organizado la compra de una máscara indígena extraída ilegalmente de México. Nada nuevo. En un país azotado por el tráfico de drogas pocos prestan atención al tráfico de objetos de arte. La máscara era una representación del dios Quetzalcóatl hecha en el siglo XIV en madera con incrustaciones de turquesa y obsidiana. Durante la entrega y compra de la máscara algo salió mal dejando tres hombres muertos y uno herido. La policía sospechaba que la secretaria de Arreaza-Bosch, Adela Iturbide, había huido con la máscara azteca y los 650 000 dólares de pago. A esas alturas de la investigación policial todo eran conjeturas. El fax recibido por Bocanegra contenía cuatro fotografías. La primera mostraba a un viejo de más de 70 años: Néstor Arreaza-Bosch. La segunda era de su secretaria. Reconocí inmediatamente a la mujer que vi en el café semanas atrás. Las otras fotos eran de los dos galanes de calle: Yonatan Blanco y Tomás Ruiz. No habían tenido suerte. Yonatan murió durante el tiroteo, Tomás solo fue herido, pero había sido capturado y estaba siendo interrogado por la

policía. Ambos tenían antecedentes penales por robo a mano armada. Lancé un silbido al enterarme de todo esto. Bocanegra no oyó ni vio mi gesto. ‘Tú y Alex encargense de esta maravilla de caso’, me dijo, ‘ojo con Néstor Arreaza-Bosch, ése nunca fue lo que aparentaba ser.’

Sin perder tiempo tomé el fax y me fui en busca de Alex. Quedó fascinado por la historia y la posibilidad de que Adela Iturbide fuera una *femme fatale*. ¿Lo era? ¿Había manipulado a Yonatan Blanco y Tomás Ruiz para llevarse la máscara azteca y el dinero de Arreaza-Bosch? Le dije a Alex que no se precipitara a la hora de sacar conclusiones. En este negocio las cosas pueden cambiar drásticamente de un día para otro. La verdad es que, después de haberla visto en el café, me costaba trabajo creer que Adela Iturbide fuera responsable por el tiroteo en la casona de Arreaza-Bosch. ¿Debilidad por una cara y un cuerpo bonitos? Quizás. Utilizando mi teléfono celular llamé al Comisario Augusto Valladares en el Departamento de Policía. Augusto gozaba de toda mi confianza. Había sido novio de mi hermana años atrás y, como yo, era un die-hard fan de los Yankees de Nueva York. Juntos habíamos visto como los Yankees aplastaban a los Phillies de Filadelfia en la Serie Mundial de Béisbol del año anterior. Augusto me confirmó la información contenida en el fax recibido por Bocanegra. La investigación policial avanzaba lentamente. Tomás Ruiz, tras ser apresado, se negaba a hablar y le estaban dando un tratamiento especial para que soltara la lengua. El Departamento de Policía trabajaba bajo una presión enorme. Al más alto nivel, el embajador de México había solicitado ayuda para dar con el paradero de la máscara representando al dios Quetzalcóatl, según él ‘un patrimonio nacional’, nuestro gobierno no podía quedar mal. Por otro lado, la familia de Néstor Arreaza-Bosch exigía la captura de la responsable por la muerte del industrial. En las empresas de Arreaza-Bosch trabajaban más de 10 000 personas. Tal cifra no podía ser ignorada por los políticos encargados del gobierno. Augusto accedió a darme la información concreta que necesitaba para escribir mi reportaje. Tomás Ruiz iba a hablar tarde o temprano. El Comisario de policía me recomendó que lo volviera a llamar a primeras horas de la noche de ese día.

¿Qué hacer mientras tanto? El trabajo de un reportero es contra-reloj. Siguiendo un viejo dicho en el área del periodismo decidí “mover la mata por otro lado.” Buscar información sobre Néstor Arreaza-Bosch. Con Alex me fui hasta el escritorio de Guido Santamaría. Guido y su esposa son los que llevan la sección de sociales en El Heraldó. Se dedican a recolectar

información, chismes en muchos casos, sobre la gente que se mueve en las más altas esferas del país. Le di a Guido la noticia de la muerte de Arreaza-Bosch y los detalles de cómo había ocurrido. Sonrió. De un cajón en la parte derecha de su escritorio sacó una pequeña botella de whisky, tomó un trago, y nos dijo: ‘¡Un cabrón menos en este mundo!’ Conocía muchos detalles de la vida de Arreaza-Bosch. El empresario había nacido en Caracas, Venezuela, a principios de la década de 1930, en el seno de una familia acomodada. Sus padres lo mandaron a estudiar a Inglaterra donde se graduó de ingeniero civil. En el año 1953 regresó a Venezuela. El país en ese entonces estaba gobernado por el dictador Marcos Pérez Jiménez. Un gobernante obsesionado con modernizar el casco urbano de Caracas y otras ciudades de Venezuela. Arreaza-Bosch se unió a un grupo de arquitectos e ingenieros embarcados en proyectos de construcción de edificios y sistemas de comunicación nunca antes vistos en Latino América. Proyectos que necesitaban grandes cantidades de cemento y otros materiales de construcción. Arreaza-Bosch se dio cuenta de este detalle, murió el constructor de edificios, y nació el gran empresario. Con la ayuda económica de su familia compró fábricas de cemento. Para asegurar los contratos del gobierno se asoció con altos cargos del régimen. Se convirtió en informante de la policía política y secretamente delató a sus amigos que estaban en el bando de la oposición. Gano dinero, mucho dinero, pero cuando la dictadura de Marcos Pérez Jiménez se desplomó, en 1958, no le quedó más remedio que huir de Venezuela para evitar represalias. Asumiendo la figura de perseguido político se refugió en nuestro país y, utilizando su dinero y conocimientos, procedió a crear un imperio comercial asociado con la industria de la construcción. Según Guido, Arreaza-Bosch jamás creyó verdaderamente en una ideología política particular, sólo estuvo interesado en acumular dinero y disfrutar de la vida. Adoptó una fachada de empresario respetable. Una fachada que utilizó para ocultar dos grandes pasiones. Le fascinaba comprar objetos de arte robados. A través de artimañas y trucos logró adquirir una colección enorme de arte indígena pre-colombino. Su segunda gran pasión era la compra y venta de mujeres. Las compraba en las redes de tráfico de blancas, las utilizaba en orgias exóticas, y cuando se cansaba de ellas las revendía al mejor postor. Al oír esto, Alex y yo saltamos. Le pregunte a Guido si había oído hablar de Adela Iturbide. ‘La Adelita fue la compañera sentimental de Arreaza-Bosch en los últimos cinco años’ me replicó. Un día apareció acompañándolo en actos públicos con el título de secretaria pero era obvio que eran amantes. La gente quedo tan impresionada con su cuerpo

que le puso el sobrenombre cariñoso de “La Adelita.” Se rumoreaba que Arreaza-Bosch la había comprado como a tantas otras, que se había enamorado, y que no tuvo más remedio que quedarse con ella.

Después de hablar con Guido Santamaría, Alex y yo decidimos separarnos para avanzar más rápido en la investigación del caso. Él se concentró en buscar información adicional sobre Arreaza-Bosch empleando las bases de datos disponibles en Internet. Yo me di una vuelta por un par de sitios de la ciudad donde operaban personas que conocían sobre la trata de blancas y la compra-venta de mujeres. Algo que existe y se mantiene oculto en la mayoría de las grandes ciudades de Latino América. El cuerpo de Adela Iturbide no podía pasar desapercibido. Hice muchas preguntas y obtuve muchas respuestas. Lo dicho por Guido era verdad. Arreaza-Bosch la había comprado tras verla a la venta en un catálogo de bellezas exóticas. Era originaria de Cali, Colombia. Venía de una familia de bajos recursos. Cuando era veinteañera fue a una fiesta en compañía de una amiga, una muchacha que conoció en el sitio donde trabajaba, una tienda de venta de ropa. La fiesta era una trampa, su supuesta amiga la vendió, y cayó en manos de tratantes de blancas. La desaparecieron. Su familia y conocidos no volvieron a saber de ella. Terminó convertida en esclava sexual. Según me dijeron ya había sido vendida y comprada dos veces antes de ser adquirida por Arreaza-Bosch. Al oír todo esto quede anonadado. Jamás se me había ocurrido que éste es el calvario por el que transitan miles de mujeres en nuestro mundo. Adela Iturbide luchó con lo que tenía. De alguna manera logró que Arreaza-Bosch se enamorara de ella y no la volviera a vender. A mi mente vino la historia de Scherezade y el sultán todopoderoso en Las Mil y Una Noches. Cada noche la Adelita le daba algo a Arreaza-Bosch para mantener su interés en ella. Pero éste no era cuento de hadas, no podía tener un final feliz. Su relación fue una extraña mezcla de deseo, amor y odio. Al enamorarse Arreaza-Bosch de Adela Iturbide cambió el balance de poder. La que antes era una esclava sexual comenzó a emanciparse. En un lado teníamos a un hombre anciano, medio acabado, y en el otro a una mujer en su plenitud, con un cuerpo lleno de vida. Arreaza-Bosch llegó a temer que La Adelita escapara o no le diera lo que él quería. Para controlarla y mantenerla feliz a su lado le ofreció hacerla heredera de parte de su inmensa fortuna. Eso era lo que se decía en la calle.

Serían casi las nueve de la noche cuando regrese al edificio del periódico. Le conté a Alex lo que había averiguado. Desde la puerta de su oficina Bocanegra me lanzó una mirada

penetrante. Tenía que escribir un artículo para la edición del día siguiente. Procedí a telefonar al Comisario Augusto Valladares. La policía progresaba en la investigación del caso. Tres horas antes, en el aeropuerto de la ciudad, habían detenido al vendedor de la máscara de Quetzalcóatl cuando intentaba escapar en un vuelo hacia Miami. Su nombre: Felipe Duran. Con su testimonio y el de Tomás Ruiz la policía intentaba reconstruir lo ocurrido esa mañana en la casona de Arreaza-Bosch. Alrededor de las 10 am, Duran y un guardaespaldas se presentaron en la casona portando un contenedor especial con la máscara azteca. Felipe Duran no esperaba ningún tipo de problema dado que Arreaza-Bosch era un viejo cliente. Todo se limitaba a entregar la máscara y recoger los 650 000 dólares de pago. Adela Iturbide lo recibió en la puerta principal de la casona y lo condujo hasta la biblioteca donde lo esperaban Arreaza-Bosch y dos hombres que nunca antes había visto, Yonatan Blanco y Tomás Ruiz. El encuentro comenzó en forma amigable. Alegre el dueño de la casa le pidió a Adela Iturbide que sirviera bebidas a todos los presentes. Procedió a examinar la máscara. La comparó con la foto de otra máscara de Quetzalcóatl que estaba en exhibición en el Museo Británico de Londres. Se maravilló ante un rostro que atraía y asustaba al mismo tiempo: Un dios de la sabiduría y la justicia. Satisfecho con la calidad de la obra de arte le dio a Tomás Ruiz la orden de pagar los 650 000 dólares. Fue entonces cuando todo se torció. Según Felipe Duran, hubo un gesto extraño de Yonatan Blanco seguido por un intercambio de miradas entre él y Adela Iturbide. Desconfianza, celos. Arreaza-Bosch sacó una pistola y empezó a disparar. Pandemonium. Cuatro hombres bien armados envueltos en un intercambio de disparos. Horrorizado Felipe Duran echó a correr hacia la puerta principal de la casona. Antes de abandonar la biblioteca vio como Adela Iturbide escapaba por una puerta lateral llevándose la máscara y el maletín con el dinero. Tomás Ruiz postulaba una versión diferente de lo ocurrido. Según él, el tiroteo fue una consecuencia de la avaricia de Felipe Duran y su guardaespaldas que intentaron llevarse el dinero sin entregar la máscara. El guardaespaldas era un tirador profesional. Mató a Arreaza-Bosch y a Yonatan Blanco antes de ser abatido por un disparo, milagroso, de Tomás Ruiz. A Adela Iturbide no le quedo más remedio que huir con la máscara y el dinero para protegerlos de Felipe Duran. Ninguna de estas dos versiones de los hechos era satisfactoria para el Comisario Valladares. Augusto esperaba ansioso los informes del médico forense y del Cuerpo Científico de la policía. Su gente estaba peinando de arriba abajo la casona de Arreaza-Bosch ¿Cómo escribir un reportaje con todo esto? Muy pocos hechos

concretos, demasiadas incógnitas. Bocanegra, Alex y yo decidimos que lo mejor era presentar un primer artículo conciso mencionando las personas envueltas en el tiroteo, la pérdida de la máscara de Quetzalcóatl y la desaparición de 650 000 dólares. Nada más. Me puse a escribir el artículo, le di el producto final a Bocanegra, y me fui a casa a descansar. Alex se quedó en su escritorio surfeando la Internet en busca de información.

Esa noche dormí mal. Lo visto y oído durante el día dejó una impresión profunda en mi mente. Los hechos del caso daban vueltas en mi cabeza. Tuve una pesadilla extraña, escalofriante, que se repetía una y otra vez. Estaba en una habitación de paredes circulares toda pintada de blanco. A mi lado tenía parada a Adela Iturbide. Me miraba y miraba sin decir palabra. En el exterior, más allá de las paredes blancas, se oían el sonido del viento y gritos de dolor. Voces de hombres y mujeres se alternaban gimiendo. Inquieto yo me movía alrededor de la habitación y trataba de hablar con Adela Iturbide. ¿Dónde estamos? ¿Quién grita? Ella no me respondía. Sus ojos se movían siguiendo mis movimientos pero sus labios no se abrían. Finalmente, al oír alaridos, yo me sacudía y parecía despertar de la pesadilla. En realidad continuaba soñando, al rato volvía a caer en la misma pesadilla. Esta secuencia se repitió varias veces. Desperté al sentir un par de pequeñas manos sobre mi cara. Eran las siete de la mañana del día siguiente, mi esposa se preparaba para llevar a mi hijo al colegio, y el niño se estaba despidiendo de mí.

En el trayecto de mi casa al trabajo me detuve en un kiosco para leer los titulares de la prensa escrita. Mi artículo estaba en la primera página del Herald. Fotos en blanco y negro de Arreaza-Bosch y Adela Iturbide acompañaban al texto escrito. La Adelita lucía radiante. Alguien había jugado con los tonos y el contraste en la foto de Arreaza-Bosch dándole al viejo una apariencia algo siniestra. ¿La mano interventora de Bocanegra? Examiné los artículos en otros diarios. Todos pintaban una imagen negativa de Adela Iturbide. Habían tomado el camino fácil. La leyenda de una *femme fatale*, La Adelita, empezaba a nacer.

Al llegar al edificio del Herald encontré a Alex trabajando en su escritorio. Por voluntad propia había estado toda la noche recolectando información en las bases de datos accesibles en Internet. Su entusiasmo denotaba que éste era su primer caso de verdad fuera de la Escuela de Periodismo. Al verme sonrió. Procedió a mostrarme lo que tenía sobre Arreaza-Bosch. Se había ido a la Venezuela de la década de 1950. Encontró documentos relacionados con la Seguridad

Nacional, la temible policía política del dictador Marcos Pérez Jiménez, que dejaban muy mal parado a nuestro magnate industrial. En sus años mozos, Arreaza-Bosch fue mucho más que un simple soplón de la Seguridad Nacional, de hecho participó en procesos de tortura, y llegó a ser amigo del director de la policía política, un tal Pedro Estrada. A Arreaza-Bosch le gustaba mirar cómo eran torturados los opositores al régimen. Miembros de la Seguridad Nacional le pusieron el sobrenombre de “El Mirón.” Él y Pedro Estrada aparecían juntos en fotografías de eventos públicos donde se inauguraban obras de infraestructura urbana construidas por el gobierno con el cemento producido en las fábricas de Arreaza-Bosh. Cuando Marcos Pérez Jiménez cayó, Pedro Estrada consiguió asilo político en Francia y un puesto como asesor de la Sûreté, la policía de seguridad francesa. Arreaza-Bosch consideró la posibilidad de irse a Francia, tenía una oferta concreta, pero al final decidió quedarse en el trópico. Se vino a nuestro país y creó un precedente. Años después vendrían los colaboradores de las dictaduras de Anastasio Somoza, Jorge Videla y Augusto Pinochet. Hoy día estamos recibiendo a avispados y corruptos crecidos al amparo del socialismo del siglo XXI. Este país nuestro siempre tan acogedor de visitantes extranjeros que vienen con sacos de dinero. Alex encontró muy poco de Adela Iturbide en Internet. Era un ser marginal dentro del mundo en que vivimos. Alex decidió enfocar su atención en la trata de blancas: La actividad criminal que trajo a Adela Iturbide al país. En las estadísticas de varias agencias de las Naciones Unidas, y otras organizaciones internacionales, el tráfico de personas era y es la tercera actividad criminal que más ganancias produce, superada solo por el tráfico de drogas y el de armas. Un negocio que mueve millones y millones de dólares. Más del 80 % de las personas traficadas son mujeres. Existen lugares en Latino América donde la venta de una mujer produce más ganancias que la venta de marihuana o cocaína. Gentes de todos los estratos sociales, de ambos sexos, sin importar raza o edad, se dedican a obtener beneficios a través de la trata de blancas. Las redes de traficantes raptan mujeres jóvenes que son forzadas a ejercer la prostitución o son vendidas a coleccionistas privados como Arreaza-Bosch. El trauma psicológico causado por el abuso sexual hace que la víctima intente retirarse de la sociedad. Se vuelve dócil y pasiva, lo que facilita su manejo por los traficantes. De ese hueco, de alguna manera, dio salida Adela Iturbide y contraatacó. Estaba analizando con Alex como incluir toda ésta información en nuestro reportaje, cuando recibí una llamada telefónica del Comisario Valladares. La historia inventada por Tomás Ruiz se venía abajo. Las pruebas de un laboratorio

de balística indicaban que Arreaza-Bosch había muerto de dos disparos provenientes del Colt 38 Special portado por Yonatan Blanco el día del tiroteo. ‘Ruiz está cantando a lo grande’ me comentó Augusto. Era hora de ir al Departamento de Policía en busca de información.

La sala de entrada al Departamento de Policía era un bululu. ¡Lo de siempre! Gente explicando porque había matado, porque había robado, porque había fornicado con la mujer de su hermano, y para de contar. Al vernos entrar a Alex y a mí, un abogado joven, necesitado de trabajo, se acercó y nos ofreció sus servicios. Le dije que sólo veníamos de visita. Con Alex me fui directamente a la oficina del Comisario Valladares. Augusto tenía unas ojeras enormes pero estaba feliz. Había resuelto el caso. Le pedí detalles. Nos invitó a sentarnos en dos sillas localizadas cerca de su escritorio. En frente de nosotros, una vez sentados, colocó un legajo de unas cien fotografías caseras de tamaño postcard. Sus hombres las habían encontrado la noche anterior escondidas en un cuarto de la casona de Arreaza-Bosch. Al examinarlas Alex y yo saltamos. Mujeres y hombres desnudos o semi-desnudos en distintas poses, manteniendo relaciones sexuales, o participando en actos de sumisión corpórea. Las fotografías habían sido tomadas por Arreaza-Bosch en sus orgias privadas. Augusto nos recomendó que viéramos la última decena de fotos en el legajo. En ellas aparecían Adela Iturbide, Yonatan Blanco y Tomás Ruiz. Adela Iturbide vestía unas bragas diminutas y chaquetilla de cuero negro, la indumentaria típica de una dominatrix. Yonatan Blanco y Tomás Ruiz estaban completamente desnudos. A veces aparecían atados de pies y manos yaciendo sobre una cama o sobre el suelo de una habitación. Un látigo, una macana, un dildo. Sexo con dolor. Dos de las fotos mostraban close-ups del sufrimiento en los rostros de Yonatan Blanco y Tomás Ruiz. Aquello no era juego. Al Mirón le encantaba ver como otros hombres perdían su masculinidad.

Juntando toda la evidencia que teníamos sobre el caso, intentamos reconstruir los hechos que precedieron al tiroteo en la casona de Arreaza-Bosch. Adela Iturbide odiaba al industrial del cemento. Eso lo sabía medio mundo. No estaba satisfecha en el papel de esclava-amante-secretaria y quería escapar del control de su captor. Arreaza-Bosch le había prometido hacerla heredera de parte de su inmensa fortuna. Pero ella no confiaba en él. Necesitaba dinero para huir y empezar una nueva vida. La operación para la compra de la máscara de Quetzalcóatl era una oportunidad única para obtener ese dinero. ¿En qué momento decidió Adela Iturbide dar el golpe? ¿Antes o después de conocer a Yonatan Blanco y Tomás Ruiz? Ese era un punto muy

difícil de precisar. Para el Comisario Valladares existía un ‘tercer hombre envuelto en el complot.’ Sin él, el escape de la Adelita hubiera sido imposible. Ese ‘tercer hombre’ quizás ayudó a planear el golpe. En el complot la participación activa de Yonatan Blanco y Tomás Ruiz fue esencial. Tomás Ruiz dio detalles a la policía de su relación con Adela Iturbide. En sus dos primeros encuentros, donde también estuvo presente Yonatan Blanco, no hubo sexo ni se habló de dinero. Solo dieron vueltas por la ciudad visitando bares. En el tercer encuentro, Adela Iturbide accedió a tener relaciones sexuales con los dos hombres en un motel en las afueras de la ciudad. ‘Nada kinky ... La mujer nos hizo volar sin complicarse mucho la vida’ confesó Tomás Ruiz. Fue en ese encuentro donde se mencionó por primera vez la compra de la máscara azteca y los 650 000 dólares de pago. Era mucho dinero. En sus asaltos a mano armada, Yonatan Blanco y Tomás Ruiz jamás habían levantado más de 10 000 dólares. En el golpe propuesto por Adela Iturbide le iba a tocar a cada uno un mínimo de 215 000 dólares más un tercio de lo que después se recolectara por la venta de la máscara. Eso sí, antes de dar el golpe, había que ganarse la confianza de Arreaza-Bosch, lo que requería una participación activa en sus orgias privadas y aceptar sus “juegos” de sumisión corpórea. Los dos galanes de calle pidieron tiempo para evaluar la oferta con calma. Al final la aceptaron. ‘Adela nos lio de mala manera... No sabíamos en lo que nos estábamos metiendo’ se quejó Tomás Ruiz durante el interrogatorio de la policía.

Eventualmente, Yonatan Blanco y Tomás Ruiz se ganaron la confianza de Arreaza-Bosch. Iban con él a todas partes. Los usó como guardaespaldas el día de la entrega de la máscara de Quetzalcóatl. Ambos se presentaron fuertemente armados. El plan de Adela Iturbide era simple. Tras el intercambio de la máscara y el dinero, tomar al vendedor Felipe Duran y a Arreaza-Bosch por sorpresa, desarmarlos, y dejarlos atados en una habitación de la casona que muy poca gente visitaba. Cuando logran liberarse, Adela Iturbide y sus cómplices ya iban a estar lejos. Ni Arreaza-Bosch ni Felipe Duran podían acudir a la policía o armar revuelo. ¡Estaban jodidos! Era un crimen perfecto. Pero el plan original de Adela Iturbide no funcionó. Según Tomás Ruiz: ‘Yonatan la cagó.’ Se puso nervioso, actuó antes de tiempo. Arreaza-Bosch receló y sacó una pistola. Yonatan Blanco lo mató de dos tiros. Al guardaespaldas que traía Felipe Duran no le quedó más remedio que intervenir. De un balazo certero acabó con la vida de Yonatan Blanco y logró herir a Tomás Ruiz, antes de caer abatido por éste. En medio del tiroteo Adela Iturbide no perdió el temple. Agarró la máscara, tomó el maletín con el dinero, y huyó.

‘El tercer hombre envuelto en el complot la estaba esperando para ayudarla a escapar’ reiteró el Comisario Valladares. ‘Este cómplice, cuya identidad nos es completamente desconocida, probablemente la aguardaba al volante de un auto para huir de la escena del crimen.’ El anonimato del ‘tercer hombre’ le daba a él y a Adela Iturbide una capacidad de maniobra enorme haciendo mucho más difícil la labor de búsqueda de la policía. Lo más probable es que Adela Iturbe estuviese bien escondida dentro o cerca de la ciudad. ¿Por qué arriesgarse e intentar cruzar uno de los puntos de control establecidos por la policía en las carreteras, puertos y aeródromos? Felipe Duran cometió ese error y fue apresado.

Satisfechos con la información obtenida, Alex y yo regresamos a las oficinas del Herald. Nos reunimos inmediatamente con Bocanegra. Cuidadosamente le dimos los detalles del caso. El viejo zorro nos oía y miraba el afiche de Citizen Kane que tiene colgado en una de las paredes de su oficina sin decir palabra. No se inmutó al escuchar las marrullerías de Arreaza-Bosch en el mundo de la política y la economía. Había oído y visto cosas peores. Tampoco se impresionó con el hecho de que Adela Iturbide fue raptada y posteriormente vendida en el mercado de la trata de blancas. ¡Esto es Latino América! Al final de la historia, cuando Alex mencionó la posible existencia de un tercer hombre en la trama, por fin abrió la boca. ‘Si existe, ese tiene la hembra y tiene el dinero, no vamos a saber de él por mucho tiempo’ vaticinó. Procedimos a delinear la escritura de nuestro reportaje sobre el caso. Alex y yo éramos partidarios de atacar el tema lo antes posible. Golpear rápido y dejar bien claro lo sucedido. Bocanegra nos dijo que no debíamos apresurarnos: ‘Bájense de esa nube señores, aterricen, menos emociones y más sentido práctico.’ Era partidario de sacar el mayor provecho del caso. Sí, íbamos a escribir todo lo que habíamos descubierto, pero debíamos esperar a que la historia de Arreaza-Bosch y Adela Iturbide se “calentara.” Cuando el público lector estuviese lleno de curiosidad, El Herald iba a ofrecer una serie de artículos con detalles desconocidos del caso. Periodismo al más alto nivel.

Y el caso se “calentó.” Por varios días fue la noticia más importante en los medios de comunicación. La gente en la calle estaba pendiente del paradero de la bella mujer que había huido con 650 000 dólares y una antigua máscara azteca: La Adelita. Por una u otra razón nada se mencionó en los periódicos o en los noticieros de televisión y radio sobre el triste pasado de Arreaza-Bosch. Sus herederos, dos sobrinos y una sobrina, utilizaron los contactos que tenían. Echaron a correr la bola de que el hombre era un pilar de la sociedad que tenía la excentricidad

de coleccionar objetos indígenas pre-colombinos para protegerlos y evitar que fueran dañados. ¡Sonaba bonito! Adela Iturbide, por otro lado, era una secretaria ingrata que había traicionado la confianza depositada en ella. Una *femme fatale* que manipuló a dos rateros de calle para cometer un crimen horrible. Esta versión falseada de la realidad fue fácilmente aceptada por un gran número de personas. ‘¿Por qué?’ me preguntó Alex perplejo. ‘En esta sociedad toda mujer es culpable hasta que se pruebe lo contrario, el hombre es inocente’ le respondí. Yo ya había observado un comportamiento similar de la masa en otros casos. Una mujer bonita que anda suelta sin control por el mundo es un tema que da vuelo a la imaginación de la gente y provoca mil conjeturas. ¿Qué hace? ¿Adónde va? ¿Por qué no la podemos controlar? Además ésta mujer se había llevado una cantidad enorme de dinero, el dinero que pertenecía a un hombre supuestamente respetable. ¡Transgresión total! Un rapero notó la similitud del apodo dado a Adela Iturbide y el nombre de un viejo corrido nacido en la época de la Revolución Mexicana. Modificó la letra de la vieja canción y echó a rodar una nueva versión por la calle

Mala bicha ... The bitch!

Si Adelita se llevara mi dinero,
la seguiría por tierra y por mar.
Si por mar en un buque de guerra,
si por tierra en un camión militar.

Mala bicha ... The bitch!

Adelita por Dios no me robes,
no me dejes sin blanca y
mirando a la mar ... Noo!

La canción tuvo un éxito enorme. Capturó el sentir del pueblo. Hasta las mujeres cantaban alegres el rap de La Adelita. Bocanegra decidió que había llegado la hora de intervenir.

Escribimos un serial de tres artículos. El primero lo escribió Alex. En el contaba ‘La Verdadera Historia de Adela Iturbide’. El muchacho se esmeró. Usó todo lo que había aprendido dentro de la escuela del periodismo social. Su artículo era al mismo tiempo una crónica, un ensayo de sociología y un melodrama. Atacaba a una sociedad que permitía la trata de blancas y le volvió la espalda a Adela Iturbide. La edición del Heraldó con el artículo de Alex se vendió como el pan caliente. A muchos le gustó el artículo, a otros no, pero todos compraron el diario. El segundo artículo decidimos enfocarlo en Nestor Arreaza-Bosch. Bocanegra me lo encargó. Era un texto delicado, tenía que presentar solo hechos bien establecidos, abortando cualquier

posibilidad de una demanda judicial por parte de la familia de Arreaza-Bosch. Me salió una joya que Bocanegra y el departamento legal del periódico aprobaron sin ningún cambio. ¡Fue una bomba! Las oficinas centrales de las empresas de Arreaza-Bosch fueron apedreadas. Su familia optó por tomarse unas largas vacaciones en Europa y dejar que con el paso del tiempo todo volviera a la calma. El público esperó entusiasmado la publicación del tercer artículo que concluía nuestro serial sobre el caso. La noche anterior al día pautado para la publicación del artículo, Bocanegra dio la orden de “aguantarlo.” Muchos de los que compraron el periódico al día siguiente llamaron a nuestras oficinas preguntando porque no había sido publicado el artículo. Bocanegra ofreció una buena excusa: ‘Lo estamos puliendo’. Bueno ... Con la publicación del artículo final en el serial, El Heraldó alcanzó un volumen de venta nunca antes visto para un diario del país. En el tercer artículo, Alex y yo describimos en detalle lo ocurrido durante el tiroteo en la casona de Arreaza-Bosch y la compleja relación que existió entre las personas involucradas. No había santos, todos eran pecadores, unos más y otros menos. A la mayoría de los lectores le gustó el artículo. Debo confesar que escribir el serial a mí me dio mucha satisfacción. Alex entró en el periodismo a lo grande y se ganó un puesto como reportero en El Heraldó. Con el serial/reportaje tuvimos la suerte de ganar dos premios internacionales de periodismo. Bocanegra tiene colgadas las dos placas en una de las paredes de su oficina y sonrío cuando las ve.

Con el pasar del tiempo no se ha vuelto a saber nada más en concreto de Adela Iturbide, la máscara de Quetzalcóatl, y los 650 000 dólares de pago. De vez en cuando los tabloides sensacionalistas publican artículos donde se dice que La Adelita se ha casado, tiene dos hijos, y vive tranquila en una isla del Caribe. Un fuerte rumor sugiere que la máscara azteca ha ido a parar en las manos de un coleccionista de arte en Alemania. Se habla de un costo de compra de 450 000 euros. Tomás Ruiz fue juzgado por su participación en el golpe organizado por Adela Iturbide. Un famoso abogado lo defendió y jamás reveló de donde salió el dinero que pagó los costos de la defensa. El famoso abogado logró una condena de solo un año de cárcel para Tomás Ruiz. Después de todo, el hombre no tenía la máscara, no tenía el dinero de pago, y mató al guardaespaldas de Felipe Duran en autodefensa tras ser herido. Gracias a su buen comportamiento en la cárcel, Tomás Ruiz permaneció en prisión menos de la mitad de su condena. Nunca más lo he vuelto a ver. Me imagino que ya no recorre las calles de la ciudad

tirándole piropos a las mujeres. Un hecho curioso ocurrió a las dos semanas de haber publicado El Heraldito su serial sobre el caso. En las oficinas del periódico se presentó un mensajero con un paquete de tamaño mediano para Alex. El muchacho encontró en el interior del paquete una pulsera dorada en cuya parte superior había un ovalo con la letra “A” inscrita en el centro. Una nota acompañaba la pulsera: ‘Gracias, Adela.’ Pensamos que era una broma. Alex llevó la pulsera a un joyero para evaluarla. Estaba hecha en oro de 24 quilates. ¡Valía un dineral! “A” de Adela y de Alex. Inmediatamente nos fuimos a la central de la agencia que había entregado el paquete en El Heraldito. En la agencia nos dijeron que un hombre ordinario, sin señas particulares, había pagado por la entrega del paquete. No había dejado dirección de contacto. Alex tiene guardada la pulsera que recibió de regalo en su escritorio en la sala principal del periódico. Cuando alguien menciona el caso de La Adelita, saca la pulsera y sonrío. “A” de Adela y de Alex. Hay cosas que son impredecibles en la vida.